

televisión esta noche y oye lo de los motivos subjetivos no sé qué va a pensar. Quiero tranquilizar a mi santa esposa.

Después del matrimonio, el patrimonio

Otro tema polémico: el patrimonio sindical.

Hablaron Joan Ramos, Antón, Pérez-Miyarez.

Y salió Abril Martorell a decir que no se debían echar problemas como éste a los primerizos, pero que si esto significaba un cambio de actitud en el PSOE para dedicar más atención al tema sindical que bien venido era... No estaba allí el ministro de Trabajo, como no estaban los secretarios generales de UGT y CCOO (todos en Ginebra con el Rey)... Mejor hubiera sido esperar y no andar con demagogias.

Quiso hablar Felipe González, mas don Landelino lo impidió, reglamento en mano, a pesar de que —dicen— Abril hacía señas para que le dejara.

El líder socialista en el exilio interior (el jefe oficial es el pintoresco y retórico D. José Federico de Carvajal) pudo hablar más tarde. Y su discurso fue uno de los de mayor eficacia parlamentaria oídos en esta Cámara (me refiero, claro está, a la Edad Contemporánea: es decir, de don Torcuato Fernández Miranda a nuestros días).

Recordó Felipe González que era la segunda vez que hablaba de este tema. Cuando lo hizo en febrero del año pasado "recibí alusiones por parte de los representantes del Gobierno que no respondí porque el Gobierno estaba en crisis y como no era público no quise responder agresivamente. Ahora tampoco" (o sea, que el Gobierno también está ahora en crisis).

La devolución del patrimonio sindical era un problema político de primera magnitud y se respondía —por parte del Gobierno— con minucias de leguleyos, donde se confundía

el juridicismo con la juridicidad.

—Hay que saltar por encima de unos argumentos que (si me permiten y ya saben que yo pierdo pocas veces la calma) son argumentos miserables.

Asistimos a la paradoja que el Gobierno franquista trataba mejor a su sindicato que el Gobierno democrático a los sindicatos democráticos. Y el caso es que si en estos sindicatos no hay prestación de servicios, tendrán que ir a una radicalización de posiciones ideológicas.

"Hasta cuándo" decía una y otra vez el Cicerón socialista. Y acababa así:

—¡Reflexionen señores del Gobierno!

Mucho aplaudieron al socialista todos los suyos, los catalanes, los andalucistas y la mitad de los comunistas.

Después salió Abril que replicó a los "Hasta cuándo" con "Acaso" y —al ver que no tenían la misma fuerza retórica— con los "no es justo dejar de reconocer que".

Todo el interés del vicepresidente del Gobierno estaba en demostrar una sospechosa coincidencia entre el viaje real a Ginebra y la moción sobre el patrimonio sindical.

Perdida ya la votación (por sólo cuatro votos que arrancaron un general "¡uy!") diría González que hablar tanto de la coincidencia era sacarle demasiada punta. Estaba en el orden del día, porque tocaba y tan responsable era el presidente de la Cámara de que estuviera como los sindicalistas.

También hablaría Carrillo. Y es que a un líder sigue otro líder. Es la teoría de la pareja. Van en pareja los novios, los guardias civiles, los malagueños y los líderes de izquierda parlamentaria.

Aseguraba Carrillo:

—Si el Gobierno no devuelve el patrimonio sindical es porque no le gustan Comisiones Obreras o UGT y es porque está esperando a ver si surgen otro sindicato de los que los trabajadores llaman amarillo... ■ V. M. R. (Fotos: RAMON RODRIGUEZ).

MALEDICENCIA

HAY un cazador de las peculiaridades de nuestro tiempo que me dice: "Nunca he oído a la gente hablar tan mal de la gente como ahora". Sí, es verdad; pero ya nadie hace caso de lo que digan de él... "Eso es lo malo. Antes, la maledicencia tenía un profundo valor social. No solamente había que ser honesto; había que parecerlo, como la mujer del César. Cuidar la imagen pública, temer la crítica de cualquier acción. Se tenía como máxima el no dar lugar a que hablasen de uno. Todo ello creaba una tensión superficial en la sociedad". Pero era una sociedad puritana, represora, detestable en cuanto ahogaba los sentimientos y las acciones naturales. Fabricaba hipócritas.

"Ahora, todos sabemos que no podemos defendernos de la maledicencia. Un ciudadano imaginario que tenga su conciencia absolutamente tranquila, que sepa también mostrar su verdad y su respeto para los demás, será igualmente calumniado. La sociedad anterior defendía unos principios probablemente erróneos, una ética de tal rigidez que resultaba impracticable. Ahora, miente a sabiendas. Es curioso que una sociedad tan escéptica, tan incrédula como la nuestra, capaz de dudar de todas las evidencias, tenga, en cambio, tanta credulidad para difundir rumores de otros, maldades de otros. Una sociedad que se precia de insegura, de no categórica, se vuelve segura y categórica para afirmar alguna maldad de cualquier persona".

"Dime que han dicho de ti —le respondo— y comprenderé tu indignación". "De mí han dicho de todo: que soy fascista y que soy rojo, que soy homosexual y que soy un sátiro, que cobro cantidades ocultas por todo lo que hago, que no hago nada y hasta que hablo mal de todos los demás. Pero no estoy indignado por ello. Y eso es lo que más me indigna, si me hago comprender: me indigna haberme hecho resistente a esos ataques y apenas darles importancia. Querría enfadarme, luchar..."

Paseamos en la tórrida tarde madrileña. El sol es una guadaña hostil que rasa la Gran Vía. Y vamos oyendo briznas de conversación de las gentes que pasan: "Esa es una mala pécora...". "En cuanto le vi, desconfié de él...". "Me han dicho que se está llevando el dinero de todos...". "¿De dónde iba a sacar para lo que gasta esa muchacha...?". Probablemente no es tan nuevo. Estamos en una sociedad de coro de zarzuela. Pero sin protagonistas. Una "aldea global", que decía Mac Luhan. Nos desgastamos unos a otros, nos destruimos unos a otros.

Pero quizá sea mejor eso a convertirnos en represores de nosotros mismos y de los demás. La calumnia ha tomado ya un aire frívolo. No tiene razón el cazador de peculiaridades: es mucho mejor una sociedad que sigue viendo indiferente a la maledicencia que aquella que prácticamente no podía vivir para evitar el qué dirán.

POZUELO